

JAVIER VELAZA

**DE
MUDANZAS**

Un jurado presidido por
Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por
Ángel Luis Gómez Blázquez y Ana Díaz Alonso,

y compuesto por:
Luis Alberto de Cuenca Prado,
Ángel García López,
Ángel Luis Prieto de Paula,
María Ángeles Pérez López,
Penélope Acero Cayuela, editora,
y María José Sánchez Lorenzo,
que actuó como secretaria,

otorgó a la presente obra el
XXXIII PREMIO TIFLOS DE POESÍA
convocado por la



JAVIER VELAZA

DE
MUDANZAS

XXXIII PREMIO TIFLOS DE POESÍA



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de



edhasa

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa

© Ilustración de la cubierta: Elena Goñi, 2020

Primera edición impresa: mayo de 2020
Primera edición en e-book: junio de 2020

© de la edición: Javier Velaza, 2020
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2020
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-9740-865-3

Depósito legal: B. 8464-2020

Producido en España

Omnia mutantur, nos et mutamur in illis
(Todas las cosas cambian, y nosotros con ellas)

MATHIAS BORBONIUS



El día es un trayecto entre casas vacías.

La casa despojada se mira en la silueta
que sobre la pared ha dejado un espejo
y no se reconoce.

En la casa desnuda
todo acata las leyes de lo intacto.

El día de hoy será un viaje sin escalas
aún no comenzado,
cristal frágil.

Tú eres cajas cerradas, apilada memoria,
futuro vertical en equilibrio
inestable,
presente
en suspensión.

Algo se pierde siempre en el traslado,
algo que es imposible acarrear o se rompe
o no sabrás montar de nuevo o no cabría
o no aparece más cuando lo buscas.

10 Y es piadoso el relato de esa pérdida,
■ pero sabía también su insurrección.

Cuando cierras la puerta,
el templo se abre
del tiempo,
dios de la mudanza.

El camión de mudanzas llega tarde
—siempre un retraso es tiempo que nos dan
como por gracia,
al margen de la vida—.

La puerta, bien abierta, anhela el tráfico
prometido de enseres.

Tú inhalas
un aire que no es tuyo ya
y espiras
el que será de nadie.

Inventario
último sin dolor ni certidumbre.

En ese baile estático de cajas,
hay una que te invoca.
Sobre el cartón se ha escrito con mayúsculas
trémulas:

16. RECUERDOS.

La sopesas.

¿Qué habrá dentro?
¿Quién puede
decretar lo que ha de recordarse
y lo que pide olvido?
¿De qué sirve
acarrear la memoria como lastre
si no se ha de soltar después para ir más deprisa?

12 Llega el camión. Descienden
■ muebles,
 maletas,
 féretros,
 hatillos,
 las cajas por su orden numeral.

La 16,
vacía.

14 Cualquiera que haya hecho una mudanza
■ sabe sus leyes.

 Si las infringiere,
no ha de esperar clemencia del futuro:
merece la condena de lo inmóvil.

Este camión es demasiado grande
para tus cosas.

Traquetea en los últimos
adoquines de la ciudad que dejas
y ya no reconoces

—tan distinta
de aquella que te dio su juventud,
su mar—.

En el remolque cuanto tienes
danza torpe el bolero del traslado.

¿Cuál es tu domicilio en este día,
adónde ir a buscar a un hombre en tránsito?

La carretera escribe sus adioses
sobre cada kilómetro y no dice
mentira.

No te esperan.

La distancia
entre dos puntos es la voluntad.

Cada rostro que atisbas fugazmente
tras la ventana,
cada casa apenas

16 vislumbrada



y cada horizonte
efímero a tus ojos, son ahora
tu única residencia,
tu familia.

Rézale al dios sin techo de los nómadas.

18 la melodía continua
■ del retorno imposible.

Escúchala,
repítela.

Aquí has venido solo para eso.



De esta fotografía que te hicieron
ayer, ¿qué te distingue?

Reconoces
la arquitectura de tu cuerpo,
el gesto
de tu cara,
la luz inconfundible
de tu sonrisa.

Eres tú, sin duda.

Pero eres otro ya, exactamente
veinticuatro horas otro, otro día
otro.

De un instante
al instante
siguiente,
algo varía siempre
y nunca
hay excepción.

Aquello que se pierde
no es materia, no es energía, no es
sino el tiempo con que estás construido,
que te abandona



y se va mudando
hacia su vieja casa de la historia.

Con aquello que hoy aún te deje,
posa para la cámara
y sonríe.



Ese armario repleto con las ropas
que no te sirven ya es tu historial de ofidio.

Allí colgados secan los atuendos
fastuosos que vestiste cuando eras
el ejemplar más bello del terrario,
envidia de lagartos y de iguanas.

Cada muda se cobra una epidermis
y una memoria.

Pero el veneno queda,
más veloz cada vez y más mortífero.

Tú apenas si mencionas esas prendas:
han perdido color, se han encogido,
no las confiesas tuyas.

La traición
peor de la serpiente es abjurar
de todas las serpientes que antes fue.

Quienes no han de olvidarla son aquellos
que perecieron por su mordedura.

Gusanos de seda

Observa atentamente los gusanos de seda
y así comprenderás la vida,
te dijeron.

La caja de zapatos era un cuadro de Mondrian
atestado de huevos y de días de espera
y decepción:

hoy no ha pasado nada
tampoco,
anotabas frustrado cada tarde
con minúsculas de entomólogo arrepentido.

Nunca se olvida el júbilo de la primera larva,
tan hermosa.

Se anuncia con el pasmo
de la revelación y todo entonces
se hace recolectar las hojas de morera,
contemplar cómo aumenta la prole,
retirando
restos de piel mudada
y finalmente
instaurarse la estólida rutina del adulto.

Lo mejor viene luego, te explicaban:
la oruga
segregará el hilo de la seda y con él
se envolverá en capullo y, a la postre,
se convertirá dentro en mariposa.

Quizás ocurrió así, ya no te acuerdas,
o quizás te cansaste de esperar que en tu caja
sucediese de nuevo lo que siempre sucede.

De la vida aprendiste solamente dos cosas:
que a menudo las alas no confieren el vuelo
y que Mondrian jamás usaba el color verde.

Pero nunca has perdido desde entonces
la inquebrantable fe de la crisálida.



De todas las palabras de esta lengua,
tú prefieres sin duda el verbo ir.

Pronúncialo:

mínimamente el aire
percute el paladar y luego rápido
resbala en fricación hacia la lengua
y vibra tenue: ir,

ir,

ir,

ir,

ir.

Ya es disparada flecha.

Apenas dicha,
no hay ya quien la sujete o la revierta.

No tiene territorio, pero ocupa
cualquier espacio y cada dirección.
Toda es futuro.

¡Cómo le envidian
haber, o estar, o ser, verbos menores
y mezquinos, tan quietos que dan lástima!

Ir es la voz que puso el mundo en marcha,
el impulso perpetuo, la huida sin retorno.

Si del apocalipsis del lenguaje
solo sobreviviese una palabra,
ójala sea ir y ójala seas
tú el sujeto de todos sus tiempos.





Samsa

El espejo te observa con la gélida
mueca de aquel que no te reconoce.

Quien ahora rehúye su mirada
no tiene ya de ti más que ese nombre
que no pronuncia nadie,
y un precario
recuerdo de haber visto días felices.

En qué te has convertido es la pregunta
prohibida.

No la hagas jamás;
en los ocelos
de un insecto la imagen se fragmenta
tantas veces como cambia un hombre.

El lugar al que vas no lo desveles;
no quieras alas,
no las necesitas.

Todos los ojos que te miran saben
que tu forma es la forma de su miedo.

Tú, mira hacia otro lado.
Y nunca cambies,
Gregor.



Siempre has coleccionado fulguritas.

Entre algodón las guardas, de tan frágiles
como son.

Sin arriesgarte apenas
a posar en su sílice tu tacto,
contemplas su grisura retorcida
que ya no pasma más.

Y te deleita
la hermosa sumisión de esa parálisis.

Un día, sin embargo,
fueron
rayos.
Fulguraron terribles su amenaza
eléctrica de lo alto de la nube,
y tronaron en furia contra el mundo.

Querrían haberlo destruido todo.

Pero la suave arena del desierto
fue más fuerte que ellos,
los contuvo
y los paralizó en su abrazo metamórfico.

En esa colección tú mismo eres
el más raro ejemplar:
a ti una duna

28 del tiempo te dejó petrificado
■ cuando eras la descarga más fuerte de los cielos.

Tu historia, como todas, se resume
en poco:

haber sido
rayo un instante,
piedra para siempre.



Caminante, esta lápida
humilde no te habla
de mí, ya descontado por el tiempo,
ni de quienes pagaron mi olvido con su mármol:
no te aprovecharía su cicatero
nombre ni la reseña de mi vida.

De ti dice.

Y lo dice en pasado, la forma
que a todos nos conjuga de los verbos.

Tú eras, caminante,
igual a todos: vela
ante el sol, soplo contra huracán,
noche en ceguera.

Y, como todos, fuiste
estéril,
prodigioso,
irrepetible.

Esto que siempre, a falta de palabras
más altas,
 llamarás amor,
 llámalo siempre
amor.

Levanta la cabeza,
 mira al frente,
 da gracias
 y camina.